

La España del postgolpe 24 DE MARZO

Los 42 militares de más alto mando de España —los que forman los Consejos Superiores de los tres Ejércitos— estuvieron con el Rey —y en la presencia del presidente del Gobierno y del ministro de Defensa— en el Palacio Real —edificio ya con carácter simbólico, que sólo se usa para contadas ocasiones—; comentaban y estudiaban las medidas por las cuales el Ejército se integra a la lucha contra el terrorismo: es decir que,

por primera vez en esta democracia, interviene en un asunto interior.

Horas después, el presidente del Gobierno elegía otro edificio de alta capacidad simbólica, el Banco de España; almorzaba con los ocho banqueros más importantes del país; el tema de la reunión era el de comentar y discutir la nueva ordenación económica del país: inflación, estancamiento económico, cierre de empresas, paro. Pero también se habló de terrorismo y de autonomías.

Por la tarde, mientras el presidente se reunía de nuevo con los militares del Ejército de Tierra —al día siguiente lo haría con los de Mar y Aire—, la mano de la Iglesia se entremezclaba en la discusión de la llamada ley de divorcio: una mano invisible en ese momento, pero continuamente manifestante en ese tema y en el de la cada vez más perdida Ley de Autonomía Universitaria. El presidente del Congreso, a su vez, no había perdido el tiempo: había deliberado con la Mesa para la tramitación urgente de los proyectos de ley sobre la defensa de la Constitución, principalmente dirigida a limitar la opinión y la información emitida por los medios de comunicación, con posibilidades judiciales de cierre; y el proyecto de ley sobre regulación de estados de alarma, excepción y sitio, que en momentos y lugares determinados, y con una gradación también determinada, pueden sustituir el poder civil por el poder militar.

En los tiempos heroicos de la predemocracia los que aún eran conspiradores y podían ser —y eran— a veces detenidos, hablaron de los poderes fácticos. Es decir, poderes reales, poderes de hecho. Era un eufemismo con el que no se decidían a nombrar, aún, a los grandes y eternos tres poderes de la historia de España: las armas, el dinero, la Iglesia. Su presencia tan definida, tan deliberadamente ostensible, en la vida pública y política española en el día 24 de marzo, significaba la continuidad, la perennidad del ejercicio del poder en nuestro país. Una tradición que no se rompe. Eso sí, encauzada: el Rey lo explicó bien en su discurso a los militares: dentro de las leyes y de las instituciones, evitando la fuerza y la inobservancia.

El 24 de marzo se cumplía un mes del golpe de Estado de Milans, del espectáculo avasallador del teniente coronel Tejero; un mes de la investidura de Calvo Sotelo. Las cosas van muy deprisa en nuestro país.

Puede que la historia recoja como trascendental para las etapas de nuestro devenir histórico la fecha del 23 de febrero (23F, escriben ya los aficionados a estas consagraciones); pero puede ser más interesante aún, aunque tenga menos sensacionalismo, la fecha del 24 de marzo, el 24M; y el examen de su genealogía. Hay una parte de esa fecha que los historiadores podrán seguramente recoger y analizar, pero que escapa de nuestras manos porque está en el futuro. Las consecuencias, la modelación del país a partir de este momento, la reconversión de la transición, la calificación de la democracia. Por el momento, sólo podemos tener inquietud, desazón. Y repetir la frase de Ortega en otro momento que fue histórico: «No es esto, no es esto.» ■

BEST

E

L jefe de Gobierno, don Leopoldo Calvo Sotelo reprimió un gesto reflejo de fastidio ante la propuesta de la misiva que le acababa de entregar el motorista: «Sería conveniente que cerrara usted *El País*. En cambio hemos acogido con cierto disgusto el comentario que usted hizo el otro día a propósito de El Alcázar. Según parece usted dijo: Es un diario discutible. Que sea la última vez». «¿Espera respuesta?» El motorista dijo que sí con la cabeza. «Dígale al teniente coronel Tejero que apreció sus propuestas en lo que valen y que aproveche la ocasión para saludar a los patriotas que le acompañan en la cárcel.» El motorista se encogió de hombros y salió de la estancia. Don Leopoldo dio algunos pasos sin rumbo y contuvo el impulso de asomarse a la ventana. Cada vez que lo hacía, una ráfaga de ametralladora le rompía los cristales de las gafas. Luego los centinelas se disculpaban.

—Perdone Excelencia, pero no le hemos reconocido y no están los tiempos para primero preguntar y después disparar.

—Han cumplido con su deber. Recuerdenme que les proponga para un medalla al valor.

—Ya nos concedió una la semana pasada cuando le detuvimos por no respetar el toque de queda.

—Lo había olvidado.

Pellizcó el teléfono, como si no se atreviera a cogerlo. Por fin se decidió.

—¿Dígame?

—Telefonista. Soy el jefe de gobierno.

—¿Qué quiere usted ahora?

—¿Sería tan amable de preguntarle al general Armada si puedo hacer fiesta este fin de semana? Tengo una reunión familiar.

—Podía haberse acordado antes, cuando le ha preguntado si podía traspasar a los catalanes una docena de sillas viejas que había encontrado no sé donde. Hay que organizarse, señor mío.

—Perdone. No volverá a ocurrir.

Un silencio.

—Dice el Excelentísimo General

TIARIO

Armada si a esa reunión van a ir los Bustelo.

-Pues alguno, sí.

-Entonces ni hablar. Si es una reunión de Calvos, Sotelos, Ibáñeres y Martines, sí. Pero Bustelos, no. No volvamos a las andadas ¿eh?; ¿no han escarmentado?; ¿no se han dado todavía cuenta de lo que ha costado la continua desestabilización de los políticos? Luego tendrán que volver a sacrificarse hombres como Tejero, Armada, Milans para que ustedes malgasten su esfuerzo y el testimonio de su encarcelamiento. Ni hablar.

-¿Si no vienen los Bustelo podemos hacer la reunión?

-Sí, hombre sí. El general es un buenazo y les da permiso.

Calvo Sotelo colgó el teléfono y dio unos pasos de baile. La que iba a armar en las Cortes cuando les dijera a todos que el general Armada le dejaba hacer un guateque el domingo. Deseoso de hacer patente su victoria pidió un coche para trasladarse al Congreso.

-Dicen del Parque Móvil que sólo les queda un tanque y viejo.

-Con algo hay que ir.

No estuvo muy conforme el guardia de la puerta ante la pretensión del jefe de gobierno.

-Al Congreso otra vez. Esto ya es vicio. Qué manera de perder el tiempo. Y luego paga el contribuyente. Los hay con una jeta.

Calvo Sotelo cerró los ojos para no ver lo que cantaban las paredes de Madrid: *Democracia tu ru rú.*

-¿Por dónde le parece que coja? Con democracia y sin democracia está el tráfico que no veas.

Calvo Sotelo le dijo al tanquista que obrase según su recto juicio. Llegaron



BESTIARIO

a las Cortes y Calvo Sotelo convocó a los señores diputados para comunicarles que, según datos objetivos, la democracia se consolidaba cada día más. Era consciente de poder ofrecer un ejemplo válido: el amable permiso dominical concedido por el general Armada. Los diputados fueron llegando entre quejas, porque la convocatoria les impedía participar en las comisiones parlamentarias que había autorizado desde la cárcel el coronel San Martín: *Comisión para la repoblación forestal de Coria, Comisión para la restauración de El día de la Madre, Comisión para construir un monumento a Milans del Bosch en la Plaza del Caudillo de Valencia, Comisión para quitarles las pensiones a todos los funcionarios republicanos y en caso de óbito exigir a sus viudas que devolvieran lo cobrado en cómodos plazos.* La mayor parte de diputados tenían buen andar, pero una minoría abundante arrastraba la bola de hierro que las autoridades militares encarceladas habían dispuesto según la peligrosidad social del político. Por ejemplo, la bola de hierro que arrastraba Felipe González tenía veinte centímetros de diámetro, la de Carrillo cuarenta y Sagaseta y Bandrés llevaban una en cada pie.

—¿Te has pensado lo del gobierno de coalición?

Preguntó Felipe a Leopoldo en cuanto le vio. Lágrimas de tristeza subieron a los ojos de Calvo Sotelo. Pobre Felipe, en su locura repite una y otra vez la propuesta del gobierno de coalición.

—No seas tonto, Leopoldo. Nosotros lo apoyamos desde fuera.

Respaldó Carrillo, aumentando así la tristeza de Leopoldo al comprobar que el templado don Santiago también había caído en el pozo de la sinrazón. A Fraga no le habían puesto bola, pero le hacían compartir unas esposas con Senillosa. Leopoldo Calvo Sotelo les contó su tira y afloja dialéctico con el general Armada.

—¿Has hablado directamente con él?

—No. Se niega a hablar conmigo. Utilizamos como intermediario a una telefonista que es de su pueblo. En fin. Señorías, les he reunido para proponerles que demos un paso adelante y aprovechando la buena disposición demostrada por los encarcelados, propongamos, con todo el respeto que podamos y mediante instancia, que se levante el toque de queda.

—¡Insensato!

—¡Terrorista!

—¡Provocador!

—Voy a telefonar a los generales y verás tú como te recitan la cartilla, aventurero, que eres un aventurero.

Los más airados eran los del sector crítico de UCD.

—¡Urge un gobierno de gestión!

Gritó don Iñigo Cavero desabrochándose la camisa y enseñando un tatuaje que decía: *Aunque tú por modestia no lo creas, las flores en tu sien parecen feas. Nihil Obstat.* Apenas causó efecto este desplante, porque Carrillo se desabrochó la chaqueta y enseñó una camisa rojigualda recién estrenada.

—Esta es la camisa que hay que llevar en este país.

—Santiago, ¿cómo has conseguido esos colores tan vivos? ¿ese rojo tan rojo y ese gualda tan gualda?

Carrillo sonrió pícaramente mientras Soledad Becerril revoloteaba a su alrededor.

—Dímelo Santiago, no seas malo.

—Con Omo concentrado.

—¿Y a quién se lo has dicho?

—A Fraga, a mi tocayo Santiago Alvarez y a Marcelino Camacho, para que se tiña el jersey inmediatamente.

—¡Voto a bríos! —roncó Fraga—. No toleraré que se banalicen tan sagrados colores sobre un infame pecho subversivo, porque aunque el rojo se vista de seda, rojo queda. Y aprovecho la ocasión para rendir homenaje a los hombres que me han puesto estas esposas, por su sufrida y callada tarea, a pesar de que tenga que aguantar a este plomo letraherido que se pasa el día leyendo a Catulo en latín y cantando cuplets de la Fornarina.

Injusta apreciación, porque Senillosa había sido castigado a leer 600 veces la biografía del duque de Ahumada por sus hirientes comentarios sobre el poco amor por la letra y la palabra que habían demostrado los heroicos guardiaciviles que habían secuestrado el Congreso de los Diputados, por su bien, en la gloriosa fecha del 23 de febrero. Aunque la mayor parte de aquellos guardiaciviles seguían en arresto, del que se negaban a salir hasta que no se consolidara la democracia, porque éste y no otro había sido el motivo del alzamiento, desde allí enviaban consejos democráticos y constitucionales que servían de eficaz expiación a los señores diputados, cuando no de edificante corrección a sus pecados de prepotencia. Así como Senillosa había recibido el consejo de leer 600 veces la biografía del fundador de la Guardia Civil, el dilettante Areilza asumía, de buen grado, la esforzada tarea de poner en versos octosílabos los artículos en su día firmados por el colectivo Almendros. Corrompido por la molición parlamentaria, el conde de Motrico había tratado de negociar la posibilidad de traducir los artículos en endecasílabos, pero uno de los oficiales sublevados, condenado a galeras en un Museo Marítimo, tenía conocimiento de que el endecasílabo era un metro extran-

jerizante, ya en su día repudiado por Castillejos, poeta del Siglo de Oro, defensor de la forma y fondo de la España eterna. Pero sigamos el vuelo del discurrir de Calvo Sotelo.

—La medida de levantar el toque de queda, tan sagazmente aconsejado por Milans del Bosch desde su sacrificado encierro, podría completarse con una amnistía general a todos los implicados en el patriótico asalto a estas decadentes Cortes.

—Que no oiga yo eso de la amnistía.

Todos los rostros se volvieron a Blas Piñar, dedicado, como cada jueves, a pasar revista a las tropas que marchaban a la conquista de Abisinia.

—Sería una deslealtad amnistiar a unos hombres que se han jugado su libertad por España.

—Te faltó tacto, Leopoldo.

Reprobó con la voz y la cabeza el duque de Suárez, sometido desde hacía semanas al correctivo fraternal de la picota, castigo recomendado por el coronel San Martín desde su lugar de patriótico encierro.

—Tú decreta cosas sensatas y no te pases de chulo, joder.

Fue la voz experta de Gabi Cisneros la que repartió palidez de mantequilla por el largo rostro del jefe de Gobierno.

—No he dicho nada. Sólo me guiaba el deseo de consolidar la democracia, por la que tanto han luchado los patriotas que hemos encarcelado.

—Después de todo lo que han hecho por nosotros.

Cabeceaba ligeramente Pio Cabanillas, mientras sus ojos recorrían la orografía del salón de sesiones presidido por Landelino Lavilla y la estatua ecuestre del teniente coronel Tejero, cuya presencia había sido sugerida por un grupo de oficiales de la División Acorazada Brunete, hasta el punto de que la trajeron ya hecha y la pusieron en su sitio bajo la mirada benevolente de don Landelino. Malas lenguas decían que don Landelino ya no era el mismo desde aquel glorioso 23 de febrero, porque de vez en cuando se miraba las manos y exclamaba:

—¡Mis manos florecen!

Y lo que en un primer momento se interpretó como consigna de algo malo, lo que motivó que la mayor parte de Sus Señorías se lanzaran cuerpo a tierra por sí tras la consigna venía la ráfaga, luego se comprobó que era frase obsesiva, mágicamente secundada por las manos de don Landelino, productoras fecundas de amapolas que el presidente del Congreso arrojaba hacia la estatua ecuestre del teniente coronel Tejero. El corresponsal del New York Times, Mr. Markham, había escrito en una crónica que la democracia española

estaba siendo propuesta como modelo por la Administración Reagan. «Se trata de la primera democracia consolidada desde las prisiones militares. Los golpistas dicen lo que hay que hacer y así se ahorran otro golpe y todos contentos.» Se estaba estudiando la posibilidad de que Pinochet y Videla ingresaran en prisión y pusieran al frente de los destinos nacionales de Chile y Argentina a poderes

civiles encadenados al destino de consolidar la democracia. Consolidar la democracia se había convertido en España en una obsesión nacional, escribía el señor Markham. Por ejemplo, cuando una pescadera subía el precio de su mercancía abusivamente, las clientes le reprendían de esta guisa.

—Si no consolida usted la democracia, no, tía Paca.

—¿Que no consolido yo la democra-

cia, desgraciada?; ¿ha visto usted estos salmonetes? Son gloria pura. Mire usted estos salmonetes y dígame luego si consolido la democracia o no la consolido.

Los obreros pedían a los patronos que les rebajaran el sueldo para consolidar la democracia y los patronos habían conseguido reconversiones industriales ejemplares para consolidar la democracia. Por ejemplo, un fabricante de corchetes de Buitrago había reconvertido su industria en una horchatería, dejando en la calle a 500 corcheteros que se marcharon a sus casas satisfechos porque ayudaban a consolidar la democracia. Era tal el orgullo colectivo compartido por consolidar la democracia que los 5 millones de parados no se referían a sí mismos como «parados», sino como consolidadores de la democracia. No decían: *estoy en el paro*, sino, *estoy consolidando la democracia*.

—En fin, señorías, creo haber cumplido con mi deber de comunicarles la benevolente concesión del general Armada.

—No, si la intención era buena.

Fue un comentario unánime, aproximadamente del 70 por ciento de la Cámara, con la abstención del PNV y del diputado de Esquerra Republicana de Catalunya, dedicado al desequilibrador acto de hacerse un poco de carne a la brasa con alioli con la madera arrancada de su escaño.

—Leopoldo, la coalición. Piensa en la coalición

Felipe González.

—Que yo la apoyo desde fuera, Leopoldo, no te la pierdas.

Carrillo, guiñando el ojo.

—Miente como un bellaco el que atribuye a los heroicos poderes fácticos un rechazo viril de la coalición.

Fraga Iribarne.

Y como cada tarde, cuando el sol se mete en la bragueta del horizonte goyesco de la Casa de Campo, Satrustegui se levanta y aulla como un lobo entre quejas históricas que sus compañeros soportan con tierna solidaridad.

—¡Milans, amigo mío! ¡Viva el Rey!

Es el momento justo en el que por las puertas aparecen números de la Guardia Civil y proclaman:

—Es la hora de cerrar esto. Hasta mañana. Disuélvase pacíficamente.

«¡Qué gente tan ejemplar», piensa don Leopoldo Calvo Sotelo. «No les merecemos. Cada tarde abandonan sus prisiones para venir a avisarnos que es la hora del cierre.» Y ya en la calle, Carrera de San Jerónimo arriba, Carrera de San Jerónimo abajo, un chavalillo entusiasmo a los viandantes y convoca duros con la efigie del Rey al grito de:

—¡Se sienten, coño! ■ M.V.M. Ilustraciones: Guillén.

